

**La sucesión de Mojtaba Jamenei supone una reconfiguración del sistema en el que la legitimidad clerical pesa menos, la sociedad sigue fuera del pacto y la Guardia Revolucionaria se consolida como árbitro indispensable del poder.**

*Luciano Zaccara* es investigador principal en el New Ground Research.

# EL IRÁN DE MOJTABA JAMENEI: UNA SUCESIÓN SIN APERTURA

Durante más de cuatro décadas, la República Islámica de Irán logró sostenerse sobre un equilibrio inestable pero funcional entre legitimidad revolucionaria, autoridad clerical, instituciones electivas limitadas y capacidad coercitiva. Nunca fue un sistema equilibrado en sentido liberal, pero sí uno capaz de combinar control y mediación, represión y representación restringida, ideología y pragmatismo. La muerte de Alí Jamenei y la rápida designación de su hijo Mojtaba no han resuelto esa ecuación, la ha inclinado aún más hacia el polo securitario y de supervivencia del sistema. Lo que emerge hoy en Irán no es una transición política en sentido clásico, ni una apertura asociada al relevo, sino una arquitectura del poder menos republicana, más militarizada y crecientemente dependiente de la coerción.

La lectura más inmediata del momento iraní invita a concentrarse en la sucesión: quién reemplazó a Jamenei, con qué apoyos y con qué margen de maniobra. Pero ese enfoque, por sí solo, es insuficiente. La cuestión decisiva no es únicamente quién ocupa el puesto, sino qué revela esa designación sobre la transformación del régimen. Muchas fuentes afirman que Mojtaba Jamenei fue impulsado por la Guardia Revolucionaria, que veía en él una figura más manejable y mejor alineada con una estrategia de línea dura, en un contexto en el que el conflicto externo y la necesidad de asegurar continuidad aceleraron el proceso. La sucesión, por tanto, no ha inaugurado una nueva etapa de consenso, sino que ha formalizado una correlación de fuerzas que ya venía desplazando el centro del sistema hacia los aparatos de seguridad.

Ese desplazamiento no puede entenderse sin la otra gran dimensión del momento iraní: la sociedad. La relativa calma en las calles no equivale a reconciliación entre Estado y sociedad, sino a una mezcla de represión, agotamiento, miedo y empobrecimiento. Las protestas de finales de 2025 y comienzos de 2026, detonadas por la crisis económica pero rápidamente convertidas en cuestionamiento político más amplio, fueron respondidas con una violencia extrema, arrestos masivos, desapariciones forzadas y un endurecimiento generalizado del control social. Lo que hoy parece estabilidad es, en gran medida, contención.

La consecuencia es una nueva ecuación interna, menos capacidad de integración, menos margen para la mediación política y más centralidad de la Guardia Revolucionaria como garante del orden. La República Islámica no deja de ser clerical, pero su núcleo operativo se vuelve cada vez más securitario. Y esa es, probablemente, la clave para leer el Irán de Mojtaba Jamenei.

## **LA SUCESIÓN: CONTINUIDAD FORMAL, MUTACIÓN REAL**

En principio, la sucesión ha seguido el guion institucional del sistema. La figura del líder supremo permanece, la continuidad del *velayat-e faqih* no se discute y el relevo se ha presentado como una respuesta ordenada a una coyuntura extraordinaria. Pero la cuestión no reside en la forma, sino en el contenido político de esa continuidad. Mojtaba representa en principio a la Guardia Revolucionaria y los sectores más duros del *establishment*,



Una joven iraní hace el gesto de la victoria mientras pasa junto a los retratos del nuevo líder supremo de Irán, el ayatolá Mojtaba Jamienei, y del difunto líder supremo, el ayatolá Ali Jamienei, en la plaza Naqsh-e Jahan. Isfahán (Irán), 11 de marzo de 2026./ MORTEZA NIKOUBAZL/NURPHOTO VIA GETTY IMAGES

que lo consideraban una opción funcional para preservar cohesión, disciplina y línea estratégica en medio de la guerra. Más que una investidura basada en autoridad religiosa autónoma o prestigio revolucionario propio, su ascenso refleja un acuerdo de supervivencia dentro del núcleo duro del régimen.

Eso introduce una paradoja difícil de ignorar. Una revolución que nació contra la monarquía y que convirtió la crítica al personalismo dinástico en parte de su legitimidad originaria termina aceptando una lógica de transmisión cuasi hereditaria, aunque envuelta en legalidad clerical. No se trata, desde luego, de una restauración monárquica. Pero sí de una evolución que vacía parte del relato fundacional de la República Islámica. La continuidad familiar en la cúspide del sistema no solo erosiona la narrativa antimonárquica; también subraya hasta qué punto los mecanismos internos de renovación política se han estrechado. Cuando la sucesión se resuelve reforzando a la vez la continuidad sanguínea y la tutela securitaria, lo que se proyecta no es una institucionalidad robusta, sino la fragilidad del principio de legitimidad.

El problema de Mojtaba no es únicamente el apellidado. Es la naturaleza de la autoridad que encarna. Su figura no llega al puesto respaldada por una jerarquía religiosa incontestable ni por un recorrido político comparable al de su padre y al fundador de la República y primer líder, el ayatolá Ruhollah Jomeini. Llega, más bien, como producto de una necesidad sistémica:

asegurar mando, evitar fisuras y ofrecer una fachada de continuidad mientras el verdadero equilibrio del poder se desplaza hacia quienes controlan los instrumentos de coerción. La cercanía de Mojtaba con la Guardia lo convertiría en una figura más maleable y menos neutral. Esa dependencia altera la lógica del sistema, porque la autoridad del nuevo líder nace ya condicionada por el actor que debería, en teoría, obedecerlo y rendirle cuenta.

Por eso la sucesión no cierra la crisis del régimen; apenas la administra. Resuelve la necesidad inmediata de mando, pero no responde a la pregunta de fondo sobre la base social del sistema ni sobre su capacidad de absorber tensiones internas. En realidad, cuanto más visible se vuelve la dependencia del nuevo líder respecto de la Guardia y del aparato de seguridad, más evidente resulta que el componente clerical, por sí solo, ya no basta para estructurar el poder. La religión no desaparece como lenguaje de legitimación, pero pierde centralidad relativa frente a una lógica de supervivencia que privilegia disciplina, control y obediencia. El resultado es un orden menos persuasivo y más abiertamente coercitivo.

La elección de Mojtaba tampoco resuelve la vieja tensión entre continuidad y adaptación. Al contrario, la agrava. Preserva la forma del régimen, pero reduce aún más su capacidad de presentarse como un sistema con mecanismos internos de corrección. El mensaje implícito es claro: ante una coyuntura límite, la prioridad no

## El régimen no busca reconstruir consenso, sino administrar el disenso de la manera menos costosa posible. Esa estabilidad es precaria: contiene, pero no integra, aplaza, pero no resuelve

es abrir, reformar o recomponer el vínculo con la sociedad, sino blindar el centro. Y blindarlo, en el Irán actual, significa depender más de quienes controlan las palancas coercitivas del Estado.

### LA SOCIEDAD: PROTESTA CONTENIDA, NO INTEGRACIÓN RECUPERADA

La otra tentación analítica consiste en interpretar la ausencia de una movilización sostenida como señal de normalización interna. También aquí conviene desconfiar de las apariencias. Las protestas que estallaron a finales de diciembre de 2025 comenzaron en el Gran Bazar de Teherán y se expandieron rápidamente a múltiples provincias, en el mayor episodio de contestación en tres años, impulsado por el desplome del rial, una inflación elevada y el deterioro de las condiciones de vida. La mayoría de los analistas coinciden en que el detonante fue económico, pero también en que las demandas desbordaron rápidamente ese marco y adquirieron un carácter más amplio, incluyendo críticas estructurales al sistema político.

Ese dato es fundamental porque confirma algo que el régimen intenta negar desde hace tiempo: en Irán, lo económico ya no puede aislarse de lo político. La protesta por la moneda, los precios o el empleo deja de ser una reclamación sectorial y se convierte con rapidez en impugnación del orden de poder. Las movilizaciones se extendieron al menos a 27 provincias y la respuesta estatal terminó con miles de muertos, arrestos masivos y desapariciones forzadas. La violencia posterior fue todavía más severa. El 13 de enero, la oficina del Alto Comisionado de la ONU para los Derechos Humanos dijo estar “horrorizada” por la represión y citó fuentes propias que hablaban ya de cientos de muertos. Semanas más tarde, Human Rights Watch describió una campaña coordinada de terror estatal, con tortura, detenciones arbitrarias a gran escala y militarización de ciudades enteras tras las matanzas del 8 y 9 de enero.

La dimensión represiva no fue solo policial; fue también tecnológica y territorial. Tras las masacres, las autoridades mantuvieron una fuerte presencia militar, instalaron controles y *checkpoints* en distintas ciudades y aplicaron medidas *de facto* similares a un toque de queda. La represión, en otras palabras, no buscó únicamente desactivar las protestas de ese momento, sino impedir la posibilidad misma de una nueva articulación social. Eso refuerza una idea central de este artículo: la calma actual no expresa una restauración del vínculo

entre Estado y sociedad, sino una relación de fuerza profundamente asimétrica.

Sin embargo, sería un error reducir el cuadro únicamente a la represión abierta. El gobierno ha intentado gestionar el malestar con una combinación más sofisticada de coerción selectiva y flexibilidad táctica. A finales de 2025 había una cierta relajación visible en la aplicación cotidiana de algunas restricciones sociales que coexistían con un endurecimiento político más profundo, marcado por la persecución de activistas, el hostigamiento a disidentes y un aumento de las ejecuciones. Esa combinación no sugiere una liberalización genuina, sino un intento de administrar tensiones distinguiendo entre válvulas de escape culturales y cerrojo político.

Ahí está una de las claves del momento iraní. El sistema parece haber aprendido que algunas concesiones superficiales pueden aliviar la presión social, siempre que no den lugar a una organización política autónoma. Puede tolerar comportamientos antes más vigilados en la esfera cotidiana y, al mismo tiempo, reforzar el castigo ejemplar contra quienes cruzan el umbral de la contestación política. No es apertura; es una racionalización de la represión. El régimen no busca reconstruir consenso, sino administrar el disenso de la manera menos costosa posible. Y ese tipo de estabilidad es, por definición, precaria: contiene, pero no integra; aplaza, pero no resuelve.

Por eso el silencio social en Irán debe leerse con cautela. No indica que la sociedad haya vuelto a confiar en el sistema o que la solidaridad por la guerra haya cohesionado a la sociedad por completo, sino que el costo de la protesta se ha vuelto extremadamente alto. El problema para el régimen es que esa contención no genera legitimidad nueva. Solo compra tiempo. Y cuanto más depende de la coerción para mantener la calma, más revela la profundidad de la fractura entre Estado y sociedad.

### LA GUARDIA REVOLUCIONARIA: DEL PILAR DEL RÉGIMEN AL ÁRBITRO DEL SISTEMA

La tercera pieza del cuadro, y probablemente la más decisiva, es la Guardia Revolucionaria Islámica de Irán (IRGC). Su peso no es nuevo. Desde hace años, el IRGC funciona como una estructura militar, económica, política e ideológica con capacidad de veto y con presencia directa en ámbitos clave del Estado. Pero la etapa post-Jamenei parece haber acelerado esa trayectoria hasta un punto cualitativamente distinto. Tras la muerte de Jamenei, la Guardia ha reforzado su control sobre la toma de decisiones en tiempo de guerra. Ya estaba involucrada en todas las grandes decisiones pero ha endurecido su enfoque tanto en política exterior como en seguridad interna, distanciándose notablemente de la presidencia de Pezeshkian. La propia lógica organizativa del cuerpo (descentralización del mando, preparación de sucesores y continuidad operativa ante estrategias de decapitación) muestra hasta qué punto se ha concebido a sí mismo como garante último del sistema.

Lo más importante no es solo que la Guardia haya ganado peso, sino la naturaleza de ese peso. La estra-



Manifestación para conmemorar el Día Internacional de Al Quds. Al fondo, una imagen simbólica de una ciudad israelí envuelta en llamas. Teherán, 13 de marzo de 2026. /MORTEZA NIKOUBAZI./ NURPHOTO VÍA GETTY IMAGES

tegia de descentralización se diseñó para permitir que el IRGC respondiera simultáneamente a amenazas externas y a desafíos internos. Es decir, la Guardia no concibe frente militar y frente doméstico como esferas separadas, sino como partes de un mismo problema de supervivencia. Ese dato resulta crucial para entender la política iraní actual: la securitización ya no es una respuesta coyuntural a una guerra o a una ola de protestas, sino el principio organizador del régimen.

La sucesión de Mojtaba encaja plenamente en esa lógica. No porque la Guardia haya sustituido formalmente al clero, sino porque se ha convertido en el actor sin el cual la continuidad del sistema resulta difícilmente pensable. Actúa como garante del relevo en la cúspide, como dique frente a un eventual levantamiento interno y como vector de la línea dura en política regional. La presidencia, el Parlamento e incluso parte del estamento clerical conservan relevancia, pero en un marco cada vez más condicionado por prioridades de seguridad. La política civil sobrevive, sí, aunque con un margen visiblemente más estrecho.

Eso no significa que Irán se haya convertido en un gobierno militar clásico. El régimen sigue necesitando legitimación religiosa, procedimientos constitucionales y cobertura institucional. Pero lo que cambia es el centro de gravedad. La religión recubre; la coerción organiza. El componente republicano permanece formalmente, pero pierde sustancia como mecanismo de mediación. El gran ganador del momento post-Jamenei

no es solo un nuevo líder, sino una institución que ya no se limita a proteger al régimen: lo estructura.

## CONCLUSIÓN

El Irán de Mojtaba Jamenei no entra en una fase de apertura, pero tampoco en un colapso inminente. En eso conviene evitar tanto la lectura alarmista como la complaciente. Lo que muestran los hechos recientes es algo más complejo. El régimen conserva capacidad de mando, aparato coercitivo y disciplina suficiente para evitar una implosión inmediata, pero lo hace sobre una base social deteriorada y con una dependencia creciente de la fuerza. La sucesión de Mojtaba no inaugura una nueva legitimidad; confirma una nueva dependencia.

La clave está, precisamente, en esa combinación. Hay continuidad, porque la República Islámica ha logrado gestionar el relevo, mantener la cadena de mando y contener la protesta. Pero también hay una mutación profunda, la autoridad clerical ya no basta para ordenar por sí sola el sistema; la sociedad ya no puede ser reincorporada mediante promesas limitadas de reforma; y la mediación política civil se estrecha a medida que el aparato coercitivo se convierte en el árbitro indispensable del poder. La República Islámica sigue siendo islámica, pero es cada vez más un Estado de seguridad con cobertura religiosa.

Ese es, probablemente, el rasgo definitorio del nuevo momento iraní. No una transición hacia otro régimen, sino una reconfiguración interna del mismo: menos república, menos mediación, menos política; más tutela, más disciplina y más Guardia. Y esa transformación ayuda a entender por qué la sucesión no ha traído apertura ni ruptura, sino continuidad. En el Irán de hoy, sobrevivir pesa más que legitimarse./